

ternational considera que el número de personas encarceladas en estos momentos, por motivos políticos, se sitúa en torno a las 30.000: "Además, los mantienen en condiciones espantosas. Millares han muerto por falta de asistencia médica. Muchos no han sido sometidos a juicio en los últimos trece años e incluso entre los nuevos prisioneros hay partidarios de Suharto. El significado de esta última represión es que Suharto, habiendo matado a sus enemigos, ahora se vuelve contra sus partidarios". El "Times", de Nueva York, señala que ahora toda la atención sobre las violaciones de derechos humanos se centran en el Irán, "pero otros países del Tercer Mundo, especialmente aquellos a los que favorece el Gobierno de los Estados Unidos, escapan a dicha atención".

Claude Julien recuerda, en la primera página de "Le Monde Diplomatique", esta curiosa anomalía: la denuncia de las violaciones de derechos humanos en el Irán se está haciendo ahora, pero no se ha hecho en los tiempos del Sha. "Como la dinastía Pahlevi, otros regímenes fundados sobre lo arbitrario y la tortura —son legión en el mundo actual— no dejarán de hundirse. Cada vez, una "justicia" indigna de ese nombre violará las reglas del Derecho para castigar a aquellos que no las respetaban cuando estaban en el poder". Pero no es ese ciclo infernal el que se está esperando, y la rebelión contra el Sha era aceptable porque se esperaba que pusiera fin a lo arbitrario, a la tiranía, a formas de opresión y de injusticia. No se deseaba, no se esperaba, la sustitución de una tiranía por otra.

"Actuamos como en Irán, no somos mejor que ellos, ¿cómo vamos a condenarles?", dice ahora una abogada de Estados Unidos, protestando contra la ejecución de Spenkeli en una prisión de Florida. Es otra especie de

tortura. Si en Irán el horror está en los juicios a puerta cerrada y en las ejecuciones inmediatas, en los Estados Unidos el caso Spenkeli representa la aberración contraria: cinco años de condena a muerte de un hombre esposado en su celda —para evitar que la desesperación le llevara a atentar contra su vida—. Cinco años de plazos legales, de recursos, de revisiones, cuando se sabía que la maquinaria de la pena de muerte estaba en marcha y era inexorable. Y se sabe aún que esta pena de muerte cumplida es la primera de una serie que está esperando, y que la interrupción conseguida en el año 1977 sólo ha servido para añadir un aplazamiento más.

Esta crónica de sangre no termina aquí. El terror político y las violaciones de las dictaduras se acumulan cada día en los periódicos. La visita de Ceausescu a España sirve para recordar que si el régimen de su país pretende una apertura exterior, en su interior reina un régimen draconiano; las liberaciones de disidentes de la Unión Soviética o de Cuba, para que no olvidemos cuántos son todavía los presos políticos; la fiesta nacional de la Argentina —a cuya Embajada han acudido, con esta ocasión, muy importantes españoles— para recordar sus presos, sus exiliados, sus desaparecidos, sus secuestrados, como los del Pinochet vecino.

Así son los regímenes fuertes. Así son las dictaduras, las autocracias, las Juntas, que de cuando en cuando se ensalzan en este país como ejemplos de justicia, libertad y orden para contraponerlos a los horrores de las democracias. Horrores que, por cierto, son causados por los enemigos de las democracias, y en justicia idiomática deberían llamarse "horrores en las democracias" como, con la misma justicia, se puede hablar de horrores de las tiranías. ■ J. A.

# La resistible ascensión de Franz Josef Strauss

JOAQUIN RABAGO

**U**NO ciertamente se lo esperaba, aunque no tan pronto. Porque apenas un día después de que, en la Beethovenhalle de Bonn, el cristianodemócrata Karl Carstens fuera elegido quinto Presidente de la RFA, el líder de la ultraconservadora CSU, Franz Josef Strauss, se ofrecía, desde sus montañas bávaras, como posible candidato de ambas uniones —es decir, de cristianodemócratas y cristianosociales, juntos— a la Cancillería de la RFA. Con este anuncio, Strauss trataba de frustrar la propuesta, mantenida oculta durante algunos días, del presidente de la CDU y jefe de su grupo parlamentario, Helmut Kohl, al primer ministro de la Baja Sajonia, Friedrich Albert, para que fuera éste quien representase a los cristianodemócratas en las elecciones al Bundestag de 1980.

¿Por qué el primer ministro bávaro se ha decidido finalmente a dar un paso sin duda arriesgado? Seguramente porque, con casi sesenta y cuatro años, no quiere perder más tiempo, y las circunstancias en este momento le son más que favorables tanto dentro como fuera del partido. En primer lugar, la llegada del antiguo nazi Carstens a la más alta magistratura del Estado (1), lejos de provocar el escándalo nacional que hubiera podido esperarse de un pueblo al que uno creía especialmente sensibilizado hacia

todo lo relacionado con el régimen hitleriano después de la polémica montada en torno a la serie de televisión "Holo-causto", sólo encontró un fuerte rechazo en algunos órganos de prensa y círculos intelectuales y obreros de carácter progresista. La gran mayoría del país acogió la propuesta de los cristianodemócratas con una pasividad que a Strauss debió de resultar cuanto menos prometedora.

Ni siquiera la coalición en el Gobierno opuso a la candidatura de Carstens una resistencia mínimamente eficaz. Se contentó con pedir a Walter Scheel que aceptara presentarse por segunda vez a la elección presidencial, y cuando éste, en vista de la desfavorable relación de fuerzas en la Asamblea Nacional, rechazó el ofrecimiento, se pensó en un prestigioso físico como Friedrich von Weizsäcker, quien, más o menos por las mismas razones, tampoco aceptó. Al final, los socialdemócratas sólo consiguieron, para salvar la cara, el sacrificio personal de la vicepresidenta del Bundestag, Anne Marie Renger, un personaje sin ningún relieve político, que no obtuvo siquiera el apoyo de los liberales.

En segundo lugar, al ascender a la jefatura del Estado, Carstens iba a dejar libre el cargo que había ocupado hasta el momento y que iba a ser inmediatamente cubierto por Richard Stücklen, también cristianodemócrata y, al igual que el primero, hombre de entera confianza del líder bávaro.

Junto a estas dos circuns-

(1) Ver TRIUNFO 851: "Carstens, un ex nazi, por encima de toda sospecha".



Franz Josef Strauss en sus montañas bávaras: las más puras esencias de Alemania.

tancias, Strauss habrá tratado de aprovechar sin duda la situación de desconcierto en que se encuentra últimamente la CDU. Su máximo dirigente, Helmut Kohl, está totalmente desacreditado entre sus correligionarios, hasta el punto de que ya nadie cree que, con él al frente del partido, los cristianodemócratas pudiesen ganar nunca elecciones. Si, a pesar de sus repetidos descalabros, Kohl ha conseguido hasta ahora mantenerse en su puesto como presidente de la CDU y jefe de su grupo parlamentario, es porque en cierto modo representa un punto de equilibrio en medio de una lucha de intereses y ambiciones personales por parte de los estrategas del partido.

Así, por ejemplo, Kurt Biedenkopf, que fue durante algún tiempo secretario general

de la CDU, caído en desgracia entre sus correligionarios por su vergonzoso maniobrerismo. Otro político igualmente agresivo y favorito de Strauss como Alfred Dregger sufre también, según "Der Spiegel", un descenso de popularidad tras su derrota frente al socialdemócrata Holger Börner en el land de Hesse. Stoltenberg, jefe de Gobierno de Schlesweig-Holstein, prefiere quedar al margen de la contienda. De los posibles candidatos queda sólo Albrecht, el único del que Kohl puede fiarse plenamente, aunque sólo sea porque, según explicaba también el citado semanario hamburgués, al no estar en el Bundestag, no puede despojarle a Kohl de su puesto de jefe del grupo parlamentario. Y es precisamente por Albrecht por quien habrá de decidirse en última instancia la

dirección de la CDU, si quiere presentar a un candidato propio y rechazar de paso la oferta de Strauss.

Este último parece, sin embargo, dispuesto a jugar todas sus cartas para obtener la candidatura común de los cristianodemócratas. Es una apuesta indudablemente arriesgada. Porque, caso de aceptarse por la CDU su ofrecimiento, Strauss tendrá que enfrentarse a un Helmut Schmidt tal vez desacreditado entre los militantes más izquierdistas de su propio partido —los jusos (jóvenes socialistas), por ejemplo—, pero también cada vez más tranquilizador para amplios sectores conservadores del país, que ven en el actual canciller sobre todo a un eficaz gestor de sus intereses.

Una encuesta publicada la semana pasada por el diario

conservador "Die Welt" indicaba que los cristianodemócratas sólo ganarían las elecciones si la CDU y la CSU se presentasen por separado en todo el territorio federal. Desde hace tiempo, Strauss intenta en efecto salir de su "ghetto" bávaro para tener una mayor proyección en la política federal. Por ello, si la CDU rechazase finalmente su candidatura, no sería de extrañar que aquél relanzase su propuesta de extender la CSU a todo el territorio de la RFA. Por el momento, parece contentarse con apoyar al recién creado —muchos dicen que con su dinero— "partido de los ciudadanos" de Hermann Fredersdorf, que presenta un programa basado fundamentalmente en el tema de la reducción impositiva. Utilizándolo a modo de "quinta", o mejor en este caso, de "cuarta columna", Strauss se propone irles comiendo terreno a los liberales para frustrar de ese modo la posibilidad de una futura coalición que colocase otra vez al SPD en el Gobierno de Bonn.

Cuando el presente número de TRIUNFO esté ya en la calle, se conocerá con seguridad la decisión de la Ejecutiva de la CDU, que se reúne este lunes, día 28, respecto a si presenta o no a un candidato propio frente al de la CSU, decisión que en cualquier caso deberá ser ratificada a continuación por todo el partido en un Congreso especial. Kohl intentará por todos los medios imponer a Dregger, a quien muchos reprochan, sin embargo, su falta de firmeza y su experiencia en los asuntos federales. Será, en cualquier caso, la última oportunidad de los sectores más moderados del partido de frenar la irresistible ascensión de Franz Josef Strauss: el nuevo salvador de Alemania. El "slogan" que el líder bávaro propone para la próxima campaña cristianodemócrata expresa claramente una disyuntiva: "Libertad en vez de socialismo". El propio Carstens lo habría rubricado si no fuese porque, como Presidente, ahora tendrá al menos que guardar las formas. ■